SOLEMNIDAD DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR.

Querida comunidad parroquial: ¡Aquí estamos de nuevo, después de tanto tiempo! Demos gracias a Dios porque hoy por fin podemos reunirnos presencialmente en esta nuestra querida iglesia de Sant Miquel del Port. Nos sentimos unidos y en comunión entre nosotros y también con todos los fieles que han decidido no venir y siguen participando de las misas on line o por TV. El Señor se hará presente de igual manera para todos.

Hoy celebramos la solemnidad de la Ascensión del Señor. Se cierra el ciclo de apariciones de Jesús Resucitado y Éste asciende a los cielos, a la derecha del Padre. Estar a la derecha del Padre significa en lenguaje bíblico, que Jesús participará para siempre de la misma dignidad, poder y gloria que el Padre.

La Ascensión a los cielos de Jesús, narrada por san Lucas tanto al final de su evangelio como al inicio de los Hechos de los Apóstoles, no significa que Jesús salga volando como un cohete o como Superman. Es una forma literaria de expresar que Jesús ha pasado ya a otra dimensión distinta a la nuestra. Está junto al Padre en su gloria para siempre. Allí donde ya no hay dolor, enfermedad, muerte ni mal alguno. Solo Amor puro y felicidad eterna.

Pero Padre e Hijo no nos dejan solos. Siguen involucrados en la historia de los seres humanos. Siguen preocupados por nosotros y nos siguen ayudando por medio del Espíritu Santo. Aunque de eso hablaremos el domingo que viene, en la fiesta de Pentecostés.

Volvamos al día de hoy y profundicemos en esta solemnidad de la Ascensión del Señor. La primera lectura nos advierte de un peligro no poco frecuente entre cristianos: Quedarnos embobados con las cosas del cielo y no prestar atención a la realidad que nos rodea: “Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?” (Hch1,11)

Es la tentación del espiritualismo. Espiritualista es aquel que reza mucho, va a misa cada día, pone velitas a todos los santos y a la virgen María y realiza toda clase de prácticas piadosas, pero después no es amable con el prójimo y va repartiendo amargura allí donde va. A este tipo de personas Jesús les llama hipócritas y les dice: "Id, pues, a aprender qué significa aquello de: Misericordia quiero, que no sacrificio” (Mt9,13).

La espiritualidad, la práctica religiosa, para que sea auténtica, para que sea verdadera, se ha de encarnar. Se ha de traducir en amor al prójimo. Orar, celebrar la eucaristía y demás actividades piadosas son para llenarnos del Espíritu de Dios, que es Amor (1 Jn 4,8). Y ese Amor cuando nos llena el corazón quiere llegar a todos los pueblos de la tierra, como nos dice el evangelio de hoy (Mt 28,19). Cuando experimentamos al Dios Verdadero que se ha Manifestado en Jesús como amor, eso nos impulsa a amar. Empezamos a ver a los seres humanos como miembros de una gran y única familia de hermanos llamados a vivir unidos y en paz. Vemos la naturaleza como Creación de Dios que hay que cuidar (Es importante recordar esto hoy que celebramos el quinto aniversario de la encíclica Laudato Si) Y nos comprometemos para que todo esto así sea.

¿Nos comprometeremos? ¿O nos quedaremos embobados mirando al cielo?

Mn. Antonio Reina